

Allí te encontré, Señor

Mambré



Grupos Maristas de Encuentro

Quando acojo al otro, al diferente... Dios aparece

En el encinar de Mambré (o Mamré) Abraham recibe una promesa, la promesa esperada durante mucho tiempo, la de un hijo. Dios se encuentra con él, y lo hace a través de tres visitantes, tres viajeros, tres extraños... La hospitalidad y acogida de Abraham se convierte en instrumento, vehículo del encuentro con Dios.

Caminando por tierra sagrada

Mambré es un lugar situado cerca de Hebrón (en una región relativamente cercana al mar Muerto), donde Abraham se establece al separarse de su hermano Lot. En el relato bíblico se nos habla de un encinar, un lugar en el que se puede descansar, donde la sombra de árboles frondosos nos refresca y nos permite refugiarnos.

Algunos árboles que aparecen en el Antiguo Testamento tienen un significado especial en la Historia de la Salvación, la encina de Moré, donde el Señor se encuentra con Abraham dos veces, el terebinto de Betel, la encina de Jabes, la de Ofra, etc. son espacios en los que Dios se encuentra con las personas, profundamente arraigados en la tierra y erguidos mirando al cielo.



Una historia de sabiduría cristiana...

Mambré es un lugar de gran importancia en la Biblia, ya que es allí donde Dios se aparece a Abraham para anunciarle que su esposa Sara dará a luz a un niño.

Este anuncio se produce mucho tiempo después de la primera promesa de Dios a Abraham y en un contexto en el que la hospitalidad es el marco facilitador de ese encuentro.



Provincia Ibérica



Como decíamos, esa descendencia prometida no ha llegado aún, Abraham ha sido padre de Ismael, hijo de Agar, la sirvienta de Sara, su esposa. Se podría decir que Abraham ya casi ha perdido la esperanza de ser padre de un hijo de Sara, los dos son muy ancianos ya, parece que su tiempo ha pasado.

Pero para Dios no hay nada imposible, tomemos el relato:

«El Señor se apareció a Abraham en el encinar de Mamré, mientras Abraham estaba sentado a la entrada de su tienda de campaña, como a mediodía. Abraham alzó la mirada y vio a tres hombres

que estaban de pie frente a él. Al verlos, se levantó rápidamente a recibirlos, se inclinó hasta tocar el suelo con la frente y dijo:

–Mi señor, por favor te suplico que no te vayas en seguida. Si te parece bien, haré traer un poco de agua para que os lavéis los pies, y luego descansad un rato bajo la sombra del árbol. Ya que habéis pasado por donde vive este servidor vuestro, os traeré algo de comer para que repongáis vuestras fuerzas antes de seguir vuestro camino.

–Bueno, está bien –contestaron ellos.

Abraham entró en su tienda de campaña y dijo a Sara:

–¡Date prisa! Toma unos veinte kilos de la mejor harina y haz unos panes.

Luego Abraham corrió a donde estaba el ganado, escogió el mejor de los becerros y se lo dio a uno de sus sirvientes, quien lo preparó inmediatamente para la comida. Además del becerro, Abraham les ofreció cuajada y leche, y estuvo atento a servirles mientras ellos comían debajo del árbol.» (Gn 18, 1-8)



Nos fijamos en el recibimiento de Abraham, nos llama la atención como se desvive en la acogida a los visitantes. Pero la hospitalidad es algo que estaba muy arraigado en la cultura semita, ofrecer agua para lavarse los pies, alimento y descanso. Era costumbre, si eras un hombre de bien debías atender adecuadamente al viajero. Pero Abraham va más allá, sale al encuentro del que va de paso, del que es diferente, extranjero y le acoge ofreciendo lo mejor que tiene.

La historia de Abraham es la historia de un extranjero que sale de su tierra, Dios se vale de alguien que deja todo lo que tiene en búsqueda de un lugar prometido por Dios. Y en este relato vemos cómo Dios legitima y da valor a esa acogida al diferente. Es allí donde Él se muestra.

El relato termina con el anuncio del nacimiento de Isaac y la risa de Sara, ella está escuchando la conversación y no puede menos que reírse, es algo que siente como imposible. La verdad es que esa promesa se hará realidad y la llegada de Isaac nos hablará de que nada hay imposible para Dios. La promesa de una descendencia tan numerosa como las estrellas del cielo y la arena del mar se realizará a través de dos ancianos incapacitados ya para engendrar: Abraham y Sara.

... para nuestra vida

Abraham es alguien que se pone en camino, un camino en el que tiene que dejar atrás sus seguridades y en el que se encontrará en tierra extraña. Su historia es la historia de cómo la fe se hace en camino, se hace caminando junto al Señor.

Y además en concreto, en el momento en el que nos hemos detenido, se hace al ser capaz de acoger al otro. Dios se presenta ante nosotros como un viajero, un desconocido, un extranjero... el otro. Sin salir de nosotros mismos no podremos encontrarnos con Él.



En este relato vemos como esa hospitalidad se presenta como un elemento clave y necesario en la dinámica de la historia de Salvación. Elemento que veremos en otros momentos y que será fundamental en Jesús, Él nos dirá que Dios está en el que sufre, en el diferente, en el otro (Mt 25, 35-45).

En nuestra vida también nosotros, como Abraham, tenemos que salir de nuestros lugares de confort. Sabemos que para crecer, para vivir plenamente, nuestras decisiones nos hacen ponernos en lugares en los que, a veces, no hemos estado nunca.

Pero esas situaciones, esos lugares, nos llevan a encontrarnos con lo diferente, con lo inesperado, con lo

que a veces me cuesta entender, y de esta manera dejarnos interpelar, cuestionarnos y aprender.

A lo largo de toda la historia de Salvación nos encontramos con historias de personas que «salen de su tierra», que se encuentran con otros y que nos enseñan que la tolerancia, el respeto y la acogida son facilitadores del encuentro con Dios.

Así mismo, en Mambré aprendemos que Dios aparece en los momentos más inesperados, en los lugares en los que nos encontramos con los otros, en los que acogemos al diferente.

En muchas ocasiones esto nos resulta difícil, salir de nosotros nos cuesta. El miedo a lo que no conocemos, la comodidad y la indiferencia son los grandes males de nuestro tiempo y, si les dejamos espacio suficiente en nuestra vida, son capaces de endurecernos el corazón y de paralizar nuestras manos.

Dice Pablo en la carta a los Hebreos «No olvidéis la hospitalidad: por ella algunos, sin saberlo, hospedaron a ángeles» (Hb 13,2).

Dinámica para la reflexión

- En nuestra historia personal seguro que encontramos momentos en los que podemos afirmar que Dios se ha hecho presente a través de los otros. Recuerda alguno de ellos y busca alguna similitud con la situación que vive Abraham en Mambré.
- El salir de nosotros no es fácil, el encontrarnos con el otro desde el respeto, la tolerancia, la apertura supone una manera de caminar por la vida que nos habla de sentirnos hermanos, hijos de un Padre bueno que nos llama a ocuparnos del que tenemos al lado. ¿Qué dificultades encuentro en mí para poder acoger al diferente?
- Necesitamos a los demás, los demás nos necesitan... Como Iglesia que camina intentando ser fiel, aunque tropiece y se equivoque, ¿qué claves vemos que nos pueden ayudar a ser fieles a la llamada de Jesús a hacernos cargo del que sufre?

Momento de oración

Canción. Salvemos la hospitalidad. Migueli

Soy culpable de dar de comer al hambriento,
culpable de dar de beber al sediento,
culpable haber acogido al que está sin papeles,
culpable de abrirle mi casa al que casa no tiene.

Soy culpable de no permitir que los débiles sufran,
culpable de no respetar leyes duras e injustas,
culpable de creer y vivir que somos hermanos,
culpable de si alguien me pide yo extendiendo mi mano.

Pasa: mi casa será tu casa,
tu historia un nuevo camino, tu lucha será mi causa.
Pasa: mi mundo se ha enriquecido, tu sueño viene conmigo,
el futuro nos aguarda, el futuro nos aguarda.

Soy culpable de no respetar un discurso oficial
que olvida el amor, la acogida y la hospitalidad,
que, a costa de inseguridades, fomenta el rechazo,
que, en nombre de la libertad, condena el abrazo.

Pasa, lo poco, lo compartimos. Leyes locas nos persiguen,
no me importa si algo pasa, no me importa si algo pasa.
Leyes para los que sufren que cuiden del débil y el dolor.
Ni la vieja Europa puede hacer de dios.
No murallas de aire y odio, leyes que siembren unión y paz.
¡Nunca el amor será ilegal!

Pasa: la vida nos hace amigos, mi corazón se ha movido,
y ahora pasa lo que pasa, y ahora pasa lo que pasa... ¡Tú pasa!



Reflexión y plegaria

A la hora de la verdad, lo que ha tocado nuestro corazón, lo que nos enamora y arrebatada, lo que nos fascina es el verdadero motor para nuestra transformación. En definitiva las personas somos aquello que vamos hospedando a lo largo de nuestra vida, en nuestros corazones, en nuestros deseos.

(Ponemos en manos de Dios lo que vamos hospedando en nuestro corazón, especialmente las personas; agradecemos que en ellas y con ellas nuestra vida crece; pedimos ser una comunidad, una Iglesia acogedora.

Intercalamos nuestras palabras con la oración del Padrenuestro que habla de la casa del pan y de la paz para todos, la casa de los hijos de Dios.)

Canto. Canto de María. Kairoi

(Se puede terminar la oración evocando a María que supo acoger a Dios, primero en su corazón y luego en su seno y que cantó su misericordia y su ternura.)

Mi alma canta el gesto de amor.
Se alegra mi espíritu en Dios Salvador;
pues Él se fijó en la sencillez y humildad de su sierva.

SANTO ES NUESTRO DIOS Y SU AMOR PERDURARÁ,
Y LO RECORDARÁ CADA GENERACIÓN (2).

Su brazo es fuerte y justo su obrar,
dispersa a los hombres de mal corazón,
derroca al poderoso, levanta al humilde,
llena al pobre de bienes.

Ha protegido a su esclava el Señor,
a nuestros padres ya lo prometió,
y se acordó de su amor a Abraham por siempre.

